

Categoría: Cuento

Nivel: 1

Seudónimo: Literata

De espaldas

El tramo de su casa a la plaza ya la había dejado sin fuerzas, y todavía le faltaban las cuabras a la verdulería. A este paso iba a tener que modernizarse, como todos los flojos de la nueva generación. Se disgustó de solo pensarlo y dejó salir un suspiro.

Tras tomar su bastón y retomar el camino, cruzó la calle, murmurando coherencias que solo eran coherentes para ella. Había prometido que se iba a mantener igual de fuerte, independiente como siempre lo había sido. Si su compromiso ante aquel mantra era tan grande, ¿por qué se encontraba detenida en una esquina, sin recordar por dónde debía doblar? “Mora, Mora, si venís siempre, Mora...”

Se descuidó lo suficiente para dejar caer su bastón, siempre fiel a ella a pesar de las leyes de la gravedad, devolviéndola a la realidad. Pero antes de que se pudiera agachar esforzadamente para agarrarlo, la sorprendió una voz aguda y dulce.

- ¿La ayudo?

Una joven, cuya edad no supo descifrar a simple vista, solo que no era una adulta, tampoco una niña, algo en el medio. En sus ojos, una expresión de dulzura genuina y algo de súplica, como si fuera a darlo todo por ayudarla. Mora sabía que no ganaba nada con resistirse.

—¿La verdulería San Martín, sabe dónde queda?

Le dio direcciones claras, amables y sin redondeos, y Mora lo agradeció. La gente que hablaba de más no era lo suyo.

- ¿Y su nombre?

-Vera, señorita

-Vera, Vera. A mí puede decirme Mora.

Vera se ofreció a acompañarla durante el trayecto, lo cual tomó a Mora sorprendida, pero no se negó. Caminaron entre palabras justas y necesarias, atravesando con delicadeza un silencio cómodo. De regreso a su querido hogar, con las frutas y verduras que la muchacha la había ayudado a elegir, Mora repitió los nombres en su cabeza sin darle mucha vuelta:

-Mora, Vera. Mora, Vera...

Fue así hasta que la volvió a ver, en la plaza a la que siempre iba cuando se sentía encerrada. Con sus trencitas cosidas en las gomitas de colores, un paso poco apresurado, una mirada atenta pero despreocupada.

Ahora ella la había encontrado. Y no dudó en invitarla a una partida de ajedrez.

-Si juego siempre sola, les daré pena a los pájaros y empezarán a hablarme-
fundamentó la anciana.

Vera no ocultó la sincera risotada. Aceptó, ella tampoco dudó.

Mora ganó, poco convencida de qué tan real aquella victoria había resultado. Pasaron dos tardes y la vio de nuevo, la invitó a acompañarla en

aquella rivalidad amistosa. Ella aceptó. Volvieron a compartir un silencio fuerte, completo. Mora, durante el turno de Vera, se permitió leer su expresión, y había cierta ilusión, cierta certeza en su mirada. Pero no podía asegurarlo, debía verlo para creerlo, y cómo una parte de sí que no se atrevió a escuchar le susurraba, Vera avanzó:

-Jaque mate.

Fue la primera de muchas, y pronto descubrieron que jugar la una con la otra era como una canción que solo ellas podían escuchar. Tenía una melodía incierta y los ritmos eran sorpresas en el camino. No tenía letra, conservaban una comunicación diferente a través de su idioma. "Mora, Vera. Mora, Vera..."

Hasta que un jueves perdió su ordinalidad cuando Vera le reveló un secreto:

-Sé jugar de espaldas. ¿Le gustaría verlo?

- ¿De espaldas dijiste?

Vera se dio vuelta, divertida. Y conjunto ese secreto llegó la dicha de observarla jugar de aquella forma inesperada. Parecía conocer el tablero, como si tuviera ojos en la nuca. Sus movimientos eran lentos pero decididos. Mora no logró ganarle ni una sola vez, aunque Vera no tuviera oportunidad de leer su expresión, de conocer su estrategia.

Aunque sin ánimos de romper ese silencio, la curiosidad de Mora sobre su rival crecía, y se le resbaló algo parecido a una pregunta. Vera correspondió con algo parecido a una respuesta. Surgió algo parecido a una charla. Y Mora sintió que comenzaba a conocerla de verdad, de el ángulo que Vera le permitía.

Pero le fue suficiente. Le fue suficiente para hacerle frente a algo que Vera no podía. Como sus tardes en el refugio o en los comedores. Sus noches donde le faltaba algún acolchado que a alguien quizá le sobraba. Sus días donde le sobraba amor que a alguien si le faltaba, de una familia que no la había visto nacer. De su sueño de hacer trenzas en Brasil a las niñas turistas, que nada le prometía que cumpliría. Mora supo escuchar. Mora supo comprender. Pero nunca supo ganarle, ni de frente ni de espaldas, ni hablando ni en silencio.

Y entonces, un martes perdió su nueva ordinalidad, cuando Mora no volvió a ver a Vera. Y nada se sentía particularmente alterado, excepto la presencia de su habitual contrincante. Supo entender y tranquilizarse aquel martes, pero los meses pasaron como días, y ya no supo entender, ni tranquilizarse. Ya ni el bastón podía devolverla a la realidad. Solo la invadieron la confusión, y la tristeza. Volvió a pasar el tiempo como pasan los días, y la mesa de ajedrez sintió el frío de la soledad. Pero Mora no creía que la mesa mereciera una explicación, ni una disculpa, ni una excusa. Creía, en cambio, que ella merecía todo eso y una partida, una última partida, en el idioma que fuera, de espaldas de frente, o tal vez de cabeza.

Quizá fue por culpa, o porque su dolor pudo transformarse en algo más, pero volvió a su querido lugar de memorias. Absorta en un sentimiento, tan lejano como cercano, su bastón se resbaló y se golpeó contra el suelo. Intentó agacharse para agarrarlo, sin la esperanza de que alguien se ofreciera a ayudarla. Y así fue, casi por casualidad, que lo vio. Lo vio escrito bajo el tablero. Vio el mensaje.

“ Tuve que elegir un nombre para mi vida, y solo me permití robarte dos letras”

Con nitidez, un pájaro le susurró:

“Mora, Vera, Mora, Vera, Mora, Vera...”

Hasta el fin de los tiempos.